

Pablo López

El ángulo oscuro

edicionesbeta



PABLO LÓPEZ. El autor de esta novela, un sujeto que atiende al nombre de Pablo López Gómez, nació en Barcelona en 1957, pero en 1965 se trasladó a Madrid, donde reside en la actualidad. Entre sus antecedentes hay constancia de una licenciatura en Árabe e Islam y otra en Filología Hispánica. Trabaja como profesor de Lengua Española en un instituto de educación secundaria. Confiesa que su primera afición en la vida fue la lectura, a la que se mantiene fiel desde los cuatro años sin que decaiga su inclinación. Según fuentes familiares, la criatura contrajo el virus a través de los tebeos, especialmente de “Pulgarcito” y “El capitán Trueno”; cuando creció, pasó a los libros, los periódicos, las revistas e incluso los tediosos folletos de los electrodomésticos (sin abandonar del todo los tebeos), hasta llegar a la situación de hoy, en la que el mal no sólo parece irreversible, sino que además se ha agravado haciéndole saltar a la escritura. Le gusta y conoce bien el mundo de esos niños y adolescentes con los que trabaja a diario, por lo que sus primeros relatos van dirigidos a ellos. Su peligrosa intención es atraparlos en las redes de la lectura en las que él mismo está preso, para lo cual las herramientas de que suele servirse son la preferencia por los protagonistas juveniles, el retrato de ambientes frecuentados por jóvenes, los episodios de acción, el misterio, los conflictos generacionales, los asuntos que afecten o inquieten a la juventud y el lenguaje ágil. Pretende además formar divirtiendo, de modo que en sus libros suelen ensalzarse valores como la amistad, la solidaridad, la generosidad, el espíritu crítico o la rebeldía ante la injusticia y la violencia. Traducida al euskera con el título de “**Ikuspuntu iluna**” y publicada con éxito en el 2003 por Ediciones Beta, su novela “**El ángulo oscuro**” es ahora lanzada por la misma editorial en su redacción en castellano.

Pablo López

El ángulo oscuro

I

Al entierro de Paula acudimos muchos compañeros del instituto, a pesar de que desde su marcha dos años atrás ella había dejado prácticamente de tratarse con nosotros. Pero eso no importaba: seguía siendo nuestra amiga y quisimos estar allí para despedirla. Era la primera vez que yo asistía a un entierro y he de confesar que me impresionó bastante. Fue una clara mañana de mediados de abril. Las hojas de los tilos tenían un verde aún tierno y bailoteaban movidas por una brisilla cálida, más de verano que de primavera. Se habían abierto ya decenas de rosas de muchos colores, rosas amarillas o rojas, rosas blancas, púrpuras, rosas rosas... Los macizos de romero, cuajados de florecillas como diminutas estrellas moradas, aromaban el aire. Ni siquiera todo eso junto servía para animarnos un poco.

El cura comenzó a rezar y la gente guardó silencio. Enfrente de mí, estaban los padres de Paula, gafas oscuras y rostros congestionados por el llanto y la falta de sueño. ¿Qué sentirían? ¿Qué pasaría en aquel momento por sus mentes? No lo sé, y no creo que mi tristeza sirviera ni de lejos para medir la suya. Por suerte, la luz del sol y la cantinela del cura tenían un reconfortante efecto adormecedor; eso sin duda aliviaría un poco su sufrimiento. A mi lado, Mario estaba pálido y con ojeras de haber llorado también, casi todos los del “insti” sabíamos el motivo. ¡Tiene gracia! –una triste gracia–, a Mario no le gustaban los cementerios, me lo había dicho precisamente allí mismo, en el de El Sauzal, hacía apenas un par de semanas, la primera vez que había pisado uno en su vida, y poco después tenía que volver para... Pero ahora que lo pienso, quizás debería empezar contando lo que pasó ese día, porque en cierto modo fue entonces cuando se inició la historia.

II

La tarde en que Mario me confesó que no le gustaban los cementerios, habíamos estado casi dos horas montando en bicicleta por el monte del Parralejo y el Soto de la Encina, lo recuerdo muy bien. Ésos eran los caminos que preferíamos: por campo abierto y con subidas y bajadas, con estrechamientos, con arroyos..., caminos buenos para hacer un poco el salvaje, que es lo más divertido cuando sales con la bici.

Veníamos ya de regreso cuando pasamos junto al cementerio. Me había quedado sin agua, así que me metí para beber en la fuente y llenar el bidón. Tendré que explicar aquí que nuestro pueblo es El Sauzal y que El Sauzal no es un pueblo cualquiera. Lo construyeron como de la nada en 1979, es decir, hace algo menos de veinte años, de manera que hoy es el municipio más nuevo de España. En sólo ese tiempo, sin embargo, ha crecido hasta los 60.000 habitantes o más. Tiene himno, bandera y día de la independencia –que aquí llamamos Día de la Segregación–, igual que si fuésemos un gran país, que sé yo, como la India, Argelia o Estados Unidos, por decir tres que también lo tienen. Lo del Día de la Segregación no es ningún invento caprichoso, no creáis; celebra la fecha en que El Sauzal se constituyó en ayuntamiento separado del de San Martín de la Cañada, el pueblo más cercano, del que dependía los primeros años.

Comprenderéis que un pueblo así *tampoco* podía tener un cementerio como el de los demás; no, de ningún modo: el cementerio de El Sauzal es muy distinto a los de por aquí, se parece más bien a los de las películas americanas. Las lápidas están esparcidas por una pradera de césped adornada con árboles y arbustos: tilos, arces, rosales, aromáticas y cosas así. Es como un parque, tiene hasta bancos. Bueno, me he expresado mal, no es *como* un parque, es un parque, uno de los más bonitos que conozco.

Volviendo a aquella tarde, me acerqué hasta la fuente que hay a la entrada del cementerio y empecé a remojar me y a beber. Es un agua muy fresca, aunque hay mucha gente que no se atreve a probarla porque está relativamente cerca de las tumbas; a la gente los muertos le dan mucho repelús.

Justamente estaba pensando en esto, cuando me di cuenta de que Mario se había quedado fuera, al otro lado de la verja.

–¡Eh!, ¿qué haces ahí parado? –le grité– ¿por qué no entras?

Se acercó en unas pedaladas y se refrescó él también, sin decir palabra.

–¿Habías estado aquí antes? –le pregunté.

–No.

–Ven, te lo voy a enseñar.

Nos dimos unas vueltas por las calles principales, que son anchas y bien asfaltadas, con cipreses a los lados. Hacía una tarde magnífica y no se veía a nadie, ni visitantes ni empleados. Teníamos todo el parque para nosotros... Bueno, para nosotros y para *ellos*, claro, sólo que *ellos*..., en fin...

Por el extremo opuesto a la entrada, el cementerio termina en un suave terraplén cubierto de césped. Allí nos tumbamos a descansar.

–Bien, ¿qué te parece?

Mario respondió sin mirarme.

–Es la primera vez que entro en un cementerio. No me gustan.

Más que la respuesta, me sorprendió el modo sombrío en que me la dio.

–Tranquilo; descansamos un rato y nos vamos, ¿vale? Se está bien aquí.

Y era verdad. Corría un vientecillo muy agradable y se veía un magnífico panorama: campos verdes, granjas, choperas que se mecían con la brisa, dos o tres pueblos lejanos y, a nuestra derecha, un pinar del que venía un rumor de ramas rozándose unas con otras.

Nos quedamos callados contemplando el paisaje. Al poco rato, le pregunté:

–¿Por qué no te gustan los cementerios?

Se encogió de hombros.

–¿Por qué va a ser? Por los muertos.

–¿Por los muertos?

–Claro. A los muertos hay que dejarlos tranquilos.

–¿Crees en los fantasmas?

Solté una risilla tonta y eso le irritó un poco. Me miró muy serio y dijo:

–¿Tú no?

–Nunca he visto ninguno.

–¿Y qué? ¿Es que sólo crees en las cosas que ves?

–No, pero los fantasmas no existen. ¿Qué pruebas hay? ¿Dónde están? ¿Cómo son? ¿De qué están hechos? ¡Es absurdo, es imposible que existan!

Mario movió la cabeza de lado a lado, como si le hubiera dicho algún disparate.

–La realidad no se acaba en el mundo de lo físico; yo estoy convencido de que existe también el mundo de lo invisible. En ese mundo están los fantasmas y un montón de cosas que la ciencia no puede explicar.

–Estoy de acuerdo en todo menos en lo de que existan los fantasmas.

–Pues hay testimonios de gente que sí –recalcó el sí– los ha visto.

–Sí, ya he oído alguna historia de ésas. No hay quien se las trague.

–¿Por qué estás tan seguro?

–Porque sí; son siempre lo mismo, siempre les pasan a personas que vete a averiguar quiénes son y en sitios muy raros, donde nadie va a ir y preguntar... Al final, esa persona que "vio" al fantasma es tan inexistente como el propio fantasma.

–No te discuto que muchas sean falsas, pero otras... –Hizo una pausa y bajó la voz. Luego, se volvió hacia mí como para decirme algo muy importante–. Te digo más: yo mismo a veces he notado cosas raras,

cosas que no se pueden explicar, como si alguien estuviera a mi lado o unos ojos me observasen cuando estoy supuestamente solo.

Mario y yo éramos amigos desde hacía muchos años, pero hasta entonces jamás me había comentado ni una palabra de lo que me estaba confiando. Ni qué decir tiene que yo estaba muy asombrado.

–¿Tú nunca has sentido nada igual? –me preguntó.

–No, nunca.

–Pues yo sí, y no es nada agradable. Cuando me pasa, siento un escalofrío que me deja helado.

Se recostó sobre el terraplén y nos quedamos en silencio, pensando cada uno en sus cosas; yo no dejaba de dar vueltas a la faceta de mi amigo que acababa de descubrir. A los dos minutos, se incorporó bruscamente y dijo:

–Vámonos.

–¿Ya? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

No me dio ninguna explicación. Estaba pálido como la cera. Se montó en la bici y salió disparado sin esperarme. Pedaleaba con furia, dando unos virajes de infarto, y yo sólo podía verlo alejarse con la melena rubia al viento. Cuando aflojó la marcha y logré alcanzarle, nos encontrábamos ya a más de dos kilómetros del cementerio. Nos pusimos a un ritmo más tranquilo y poco después llegamos al pueblo.

Jamás en la vida se había comportado así. En todo el camino de vuelta no soltó palabra, parecía que sólo le interesaba una cosa: alejarse del cementerio. Estaba como desquiciado, igual que si hubiera visto juntos a todos los fantasmas del mundo. Aunque fuera mi mejor amigo, confieso que esa tarde, con aquel estúpido miedo a los muertos, lo encontré ridículo, ¡un tío ya de dieciocho años! Tuve que contenerme la risa, aunque luego, cuando me separé de él, fui todo el camino hasta casa riéndome solo, como un chalado.

Pero eso fue entonces, claro. Si la cosa hubiese ocurrido ahora, seguro que me la habría tomado más en serio.

III

Ni Mario ni yo volvimos a hablar de aquel episodio ni, por supuesto, se nos pasó por la cabeza entrar otra vez en el cementerio. Pero la historia siguió su curso. Poco después, un domingo por la mañana, caminaba yo por el parque de El Sauzal con los amigos. Avanzábamos por el camino principal, que es muy ancho. Acabábamos de jugar un

partido y aún traíamos puestos los uniformes: pantalón negro y camiseta morada. Veníamos contentos, les habíamos colocado un 6-0 a los del Algete, un pueblo cercano. Meses atrás, en su campo, nos habían montado una que tuvo intervenir la guardia civil, así que esa mañana fue un auténtico gustazo ponerles las pilas.

Nos reíamos y hablábamos a gritos. Es como si lo estuviera viendo: yo voy a la izquierda. Mi camiseta lleva mi nombre, Andrés, y mi número, el cinco: soy el defensa central, el más alto y fuerte del equipo. No es que quiera chulearme, pero a veces tiene su utilidad eso de ser fuerte.

Había mucha gente, como siempre; por todas partes se veían hombres y mujeres corriendo en ropa de deporte, o haciendo gimnasia en los aparatos del circuito, o montando en bicicleta. Otros aprovechaban para pasear con la familia o para leer tranquilamente el periódico. Debajo de unos chopos, un grupo de viejos jugaba a la petanca y a lo lejos, junto al estanque, se adivinaba ya bastante movimiento en las terrazas de los bares. El parque es muy grande y tiene de todo, cualquiera puede encontrar allí alguna diversión. Saludando a los amigos con que nos cruzábamos y haciendo planes para la tarde, llegamos a la salida y nos fuimos cada uno a su casa.

Encontré a mi padre sentado en el comedor. Tenía la tele encendida con un partido de balonmano, pero estaba leyendo el *Marca*. Cuando me oyó entrar, levantó los ojos por encima del periódico.

-¿Qué? -me dijo.

Ésa es su manera de preguntarme lo que hemos hecho en los partidos.

-Bien, hemos ganado 6-0.

-Fenómeno.

-¿Y vosotros?

Mi padre juega también en un equipo, sólo que de fútbol sala. Entre el equipo de mi padre y el mío hay una pequeña diferencia: nosotros no ganamos siempre, pero ellos no ganan nunca. Con la vista puesta otra vez en el periódico, señaló con el dedo pulgar hacia abajo.

-¡Mala suerte!

-See, claro, mala suerte -gruñó entre dientes-. ¿Qué tal partido has hecho?

Sonreí.

-Bueno, ha ido bien. He metido un gol y todo.

-¿Sí? ¿Cómo ha sido?

-De cabeza, en un córner.

-Claro, ahí, con tu estatura, tú tienes ventaja. Pues me alegro, te felicito.

–Gracias. A éstos les teníamos ganas. Esta tarde nos vamos a celebrarlo a Madrid.

Al viejo se le puso cara de palo.

–¿A Madrid? Ya sabes que no me gustan esas zonas de bares de Madrid.

Comprendí demasiado tarde que acababa de meter la pata: para mi padre, Madrid es una especie de Sodoma y Gomorra llena de peligros de la que hay que mantenerse lo más alejado posible. Le sonreí lo más profidén que pude y le dije:

–Pero si no pasa nada...

–¡No, claro, nada! Sólo hay que leer el periódico: peleas, navajazos, drogas...

–¡No seas exagerado! ¡Cualquiera diría que aquello es Chicago años 20!

–Poco se lleva. ¿Por qué no os quedáis aquí?

Empecé a ponerme de muy mal humor: ya soy mayorcito, no podía venirme con ésas.

–Porque nos vamos allí: hay más marcha.

–¡No seáis garrulos! ¡Si aquí tenéis de todo! ¿Qué ganáis con iros a Madrid, eh? Éste es el mejor pueblo de España y uno de los que tienen el nivel de vida más alto, lo dicen todas las estadísticas...

¡Salió su tema favorito: El Sauzal, el Paraíso Terrenal!, sólo que, en vez de los ángeles, lo vigila la guardia civil. Desde aquel momento, supe que mi padre acabaría más tarde o más temprano hablando de paro y de delincuencia y soltándose una charla de echarse a temblar. Ésos eran los pasos de siempre. ¡Me saca de quicio que sea tan carca!

–¡Ah, sí, las estadísticas! ¡Me había olvidado de tus famosas estadísticas! Me figuro que también dirán que este poblachón es mil veces más divertido que Madrid, ¿no? Pues mira, a mí me parece todo lo contrario, ya ves. ¡Esos que hacen las estadísticas se las pueden meter donde les quepan, no valen para nada!

Mi padre dobló el periódico y lo dejó en el suelo.

–Te repito que no seas garrulo, Andrés. Si en Madrid tienen cien discotecas, aquí también las hay; pero aunque no tuviéramos ni una, seguiríamos estando infinitamente mejor que allí, porque no tenemos ni paro, ni delincuencia, ni atascos, ni marginación, ni aglomeraciones, ni suciedad, ni droga... ¿Sabes hasta dónde están de todo esto en Madrid? Anda, ya que vas esta tarde, pregúntalo...

Me miró con cara de decir: "¡A ver qué contestas a esto!", pero me callé y ahí se quedó la cosa.

Esa tarde cogimos el cercanías y nos fuimos a Madrid. Allí, la gente iba de un lado a otro despreocupada y hasta contenta; nadie parecía estar especialmente angustiado por el paro, la delincuencia, la suciedad, la droga, los atascos... ¡Mi padre y sus teorías! En cuanto a nosotros, nos dimos una vuelta por los bares de Malasaña y terminamos cenando unas pizzas.

Cuando volvía hacia casa era cerca de la una. Había llegado al final de un domingo más, otro domingo un tanto rutinario. Lo único que quedaba para redondearlo era meterse en la cama.

Cabizbajo y aburrido, pasé por una plaza que hay en el camino de la estación a mi casa. Lo normal hubiera sido encontrarla completamente solitaria, pero en los bancos había un grupo de gente. Eso me extrañó; ¿qué hacían ahí a esas horas? Hablaban en voz muy baja, casi en susurros. De repente, alguien me hizo una seña. Era Pedro, un compañero del instituto.

Me acerqué.

–¿No sabes lo que ha pasado? –Tenía una cara rara, como si estuviese muy preocupado o le hubiese ocurrido algo malo.

Me encogí de hombros: no tenía idea de que hubiese sucedido nada especial. Los que estaban allí me miraban muy serios. Pedro me puso la mano en el brazo y me dijo:

–¿Te acuerdas de Paula Ayllón?

–Sí, claro.

–Ha muerto.

Me quedé de piedra, sin saber qué decir. ¡Qué distinta se ve la muerte cuando te cae cerca! Entonces comprendes de verdad lo espantosa que es, lo entiendes a la perfección cuando arrebatas a alguien que conoces y de golpe te encuentras con que ya jamás volverás a cruzarte o a hablar con esa persona con quien solías hacerlo, ni a sonreírla, saludarla o mirarla, con que ese ser único se ha perdido para siempre, llevándose las cosas que te gustaban de él y las que quizás detestabas. Todas estas ideas daban vueltas en mi cabeza junto a sentimientos de pena, incredulidad y estupor, en un desorden que me tenía aturdido.

–¿Cómo ha sido? –pregunté.

–Hay muchos rumores, pero nadie sabe nada. Lo único fijo es que está muerta.

¿Cómo era posible aquello? ¿Qué explicación tenía? A mí, desde luego, no se me ocurría ninguna. Hacía un par de años que casi ni veía a Paula, pero la recordaba muy bien: estaba siempre riéndose, no se preocupaba por nada, era una de las personas más alegres que conocía. Por más vueltas que le daba, no me lo acababa de creer.

Era más de la una cuando abandoné la plaza. El rato que me quedé hablando con los amigos no nos sirvió de gran cosa, sólo para comprobar que todos estábamos igual de perplejos y para ir tirando de los recuerdos y ahondando así más y más nuestra pena. Al llegar a casa y acostarme, me acordé de muchas de las cosas del día que acababa: del 6-0, de los viejos de la petanca, de Malasaña, de la pizza, de las neuras de mi padre... Con semejantes tonterías, aquél habría podido ser uno de tantos domingos grises, pero no quiso quedarse en eso: al final, vino la muerte de Paula y lo convirtió en un domingo negro, algo sin duda mil veces peor. Pensé que no podemos saber ni lo que nos aguarda a la vuelta de la esquina y que, de forma inesperada, ese día que yo había creído que iba a ser vulgar y corriente, había acabado resultando muy especial.

Entonces aún no imaginaba cuánto.

IV

Creo que esas reflexiones también asomaron por mi cabeza el día del entierro. Pero para entonces ya se sabían más cosas, cosas de esas que te dejan con la boca abierta: Paula había pasado una noche sin volver a su casa y, a la siguiente, apareció muerta en un descampado próximo a uno de esos barrios de Madrid azotados por la droga. Por lo visto, tenía una jeringuilla clavada en el brazo, lo que hizo pensar en una dosis excesiva o muy adulterada. ¿Qué más daba? El caso era que eso la había matado. Como al resto de los que la conocíamos del instituto, cuando me enteré de que Paula se drogaba, se me rompieron todos los esquemas.

El cura acabó sus oraciones y yo salí de mi aturdimiento. Unos hombres alzaron en vilo el ataúd y varias personas empezaron a llorar, una de ellas, Mario, lo vi muy bien, lo tenía a mi lado. Pensé una vez más en lo absurdo de la vida, en la habilidad que tenemos para complicárnosla, en lo fácilmente que se nos va.

La ceremonia terminó poco después y todos nos fuimos dispersando. Allí quedó la pobre Paula metidita en un nicho. Ese día comprendí que nuestro vistoso parque-cementerio era ante todo y sobre todo cementerio y que los cipreses pintaban en él bastante más que los tilos y los rosales.

Pero vayamos con Mario. ¿Por qué fue una de las personas más tristes durante el entierro? Muy sencillo: unos años atrás, cuando hacíamos primero de BUP, Mario y Paula habían estado saliendo juntos algunas

semanas. Ella era muy guapa, sí, aunque no una de esas chicas explosivas que andaban arrasando por ahí vestidas y pintadas como mujeres, sino más bien delicada y con cara de niña. Pero además tenía algo que nos traía a todos de cabeza. ¿Qué era? No sé, tal vez la forma de mirar –nadie sabía si provocando o burlándose– o la dejadez de sus gestos y movimientos, dejadez propia de alguien a quien le importase un rábano todo lo que sucedía a su alrededor. Eso hacía que sobresaliera y que entre nosotros, renacuajos de primero, pareciese entonces Blancanieves rodeada de un batallón de enanitos.

¿Por qué Paula –se preguntaba todo el mundo–, la chica más codiciada del curso, y seguramente del instituto, se había decidido precisamente por Mario? Todos los tíos le envidiábamos y nadie se lo explicaba, ya que él tenía aún más apariencia de crío que los demás de primero, flaco y con su melenita ondulada y rubia. Lo más seguro es que Paula lo utilizase para darle en los morros a alguien que ni siquiera conocíamos, o que se encaprichase de él, tal vez precisamente por su aspecto desamparado, que gustaba mucho a las chicas, no sé, es agua pasada.

Aquella relación duró poco, pero a Mario le dejó marcado. Aunque quiso aparentar lo contrario, no pudo olvidarse de Paula, vete a saber por qué, pues la verdad es que a veces parecía que ella se reía un poco de él. Pero Mario no era como los demás –aunque tratase de ocultarlo–, era sensible y un poco romántico, por eso se enamoró mucho de ella, por eso siguió queriéndola y por eso también, a pesar de que su rollo o como se le quiera llamar había terminado hacía bastante tiempo, la muerte de Paula le afectó mucho. Desde el día del entierro, se le vio cabizbajo y triste y, a pesar de los esfuerzos que los demás hacíamos por animarle, su humor no mejoraba. Perdió el interés por todo, se encerró en sí mismo: en el instituto, apenas hablaba con nadie y, por las tardes, se quedaba en casa estudiando o pensando en sus cosas, no quería salir ni siquiera para montar en bici, que era en él una auténtica pasión.

A los que le rodeábamos, nos llenaba de preocupación verle así.

V

Una tarde, varios días después del entierro, llamaron a mi puerta. Me alegré al ver que era Mario, quizás su visita significaba que estaba saliendo del bache. Subimos a mi habitación y empezamos a hablar de cosas sin importancia: de los amigos, de los exámenes, de chismorreos estúpidos, de que teníamos que volver a correr por ahí con las bicicle-

tas... Después Mario pasó a contarme cosas de él y de Paula, algunas que yo ya sabía y otras que no: que apenas llegaron a salir juntos tres meses, que ella se cansó pronto de él y le fue dando de lado poco a poco, que se quedó hecho polvo con la ruptura, que lloraba, que pasaba noches sin dormir, que no podía olvidarla y hacía lo posible por obtener noticias de ella... Hasta que, al acabar aquel curso, Paula se cambió de instituto y él le perdió la pista. Unos meses después, alguien le comentó que andaba con un tal *Magic*; eso fue lo último que supo de ella antes del mal día en que saltó la noticia de su muerte.

Sentí una gran pena por Mario. Intenté ayudarlo a desahogarse, le dije que no tenía sentido mortificarse más, que ya no había arreglo, le recomendé que intentara divertirse, insistí en recuperar lo de nuestros paseos en bici... Él me dio las gracias y luego me dijo que le escuchara, que todo aquello me lo había contado para que yo entendiera mejor, pero que aún faltaba lo más importante. Me quedé muy sorprendido: ¿en qué podía consistir "lo más importante"?

—¿Te acuerdas —me preguntó— del día del cementerio, cuando hablamos de fantasmas?

—Sí.

Entonces me miró muy serio y agregó:

—Bien, pues ya puedo decir que he visto uno: Paula se me apareció anoche en mi casa.

Se me puso cara de imbécil; no podía creer que lo de Mario hubiera llegado tan lejos. De haber sido otro, lo habría echado a patadas, pero con él era diferente. Mario era mi amigo desde hacía bastantes años y en todo ese tiempo, jamás le había visto decir una mentira, aprovecharse de alguien más débil o más tonto o causar el menor daño; también era de esa clase de chiflados capaces de acercarse al matón del colegio y exigirle que devolviera a los pequeños el balón que acababa de quitarles, sin importarles si con eso se estaba metiendo en un buen fregado. Esa forma suya de ser fue la que me convirtió en su amigo y la que me llevó a entender aquella tarde que ni me mentía ni intentaba tomarme el pelo: esas cosas no formaban parte de su estilo. Pero, en las circunstancias del momento, eso no era bueno; al contrario, era muy malo, porque significaba que Mario debía de estar volviéndose loco. Cuando me repuse de la sorpresa, sólo acerté a decir:

—Eso es imposible.

—No lo es: me ha pasado a mí. Ayúdame, te necesito.

Me senté a su lado e intenté lo mejor que pude sacarle todo aquello de la cabeza.

–Mario, tú ya sabes que yo no creo en fantasmas. A mí me parece que lo que te pasa es que estás hecho polvo con este asunto y ya empiezas a ver cosas raras, ¿eh? ¿Por qué no le haces una visita a la psicóloga del instituto, eh? Dicen que es una tía muy maja, lo mismo te echa una mano...

Lo único que conseguí fue que se pusiera como una moto. Se levantó y me gritó:

–¿Te crees que estoy loco?! ¡Pues no lo estoy, ¿me oyes?! ¡La he visto!

Luego se calmó algo y añadió:

–¿Puedo contar contigo o no?

–¿Contar conmigo para qué? ¿Para cazar fantasmas? Me temo que a eso no puedo ayudarte.

Movió la cabeza de lado a lado.

–¡Claro que puedes ayudarme!, pero *de verdad* –recalcó–, no diciéndome que vaya a ver a la psicóloga.

Decidí seguirle la corriente, al menos hasta ver a dónde quería llegar.

–Perfecto. Dime: ¿cómo quieres que te ayude?

–Muy sencillo: escúchame, déjame que te cuente lo que me ha ocurrido, tienes que saberlo.

–Bien adelante, te escucho.

–Gracias. Ayer hizo un par de semanas del entierro de Paula y estuve muy jodido, pero lo peor vino por la noche. Cuando estaba durmiendo, me despertó la brisa que entraba por la ventana; eso me extrañó, porque no recordaba haberla abierto. Miré el despertador: eran las cuatro menos diez. Había un silencio impresionante. Cerré la ventana y me volví a dormir. Entonces soñé que Paula estaba a los pies de mi cama. Estaba como amoratada y susurraba mi nombre: “Mario... Mario...” Me desperté de un salto y jadeando de la impresión.

–Pero eso era un sueño, tú mismo acabas de decirlo.

–Espera, todavía no he terminado. Me senté al borde de la cama. Estaba muy asustado. Sentía todo el cuerpo helado y además... ¿Te acuerdas de que el día del cementerio te conté que yo a veces notaba la sensación de no estar solo?

–Sí.

–Pues en ese momento la sentí más fuerte que nunca –me miró de frente–: en el aire flotaba algo que me ponía los pelos de punta. Entonces volví a oír la llamada de Paula, muy suavemente, pero clara: “Mario... Mario... Mario...” Venía del otro lado de la puerta.

–Por favor, ¿qué me cuentas? –sonreí con tristeza, no podía creer que mi amigo alucinase así.

–Lo que oyes. Casi me vuelvo loco; es horrible, no te lo imaginas. Me metí debajo de la sábana y me tapé la cabeza con la almohada, como un crío... Pero seguí oyendo la voz: “Mario... Mario... Mario...”

Imitaba los susurros poniendo los ojos en blanco; lo vi verdaderamente mal.

–Al final, me decidí a ir. ¿Qué podía hacer, esconderme en la habitación de mi madre? –Mario vivía sólo con ella y con una hermana más pequeña, porque sus padres estaban separados-. ¿Tú qué habrías hecho? Me fui hacia la puerta. No sabía lo que iba a encontrar al otro lado, pero la abrí de un tirón: no había nada, por suerte, no sé qué habría pasado si Paula llega estar ahí. La voz sonaba mucho más clara; bajaba por la escalera de la buhardilla. “Paula, ¿estás ahí?”, dije. La respuesta bajó como deslizándose: “Mario, ven...”. Subí temblando de miedo; no sé cuántas veces me paré y me quise dar la vuelta antes de llegar a la buhardilla...

Mario me miró para comprobar si le escuchaba; por supuesto, yo tenía los ojos clavados en él.

–Al principio, todo estaba oscuro, pero luego, al otro lado, vi brillar una luz difusa; envuelta en esa luz, estaba Paula igual que yo la había visto en mi sueño. Me dijo: “Mario, ayúdame” y se desvaneció.

–¿Y tú qué hiciste?

–No lo sé. Lo siguiente que recuerdo es haberme despertado esta mañana en mi cama.

No quedaba duda: mi amigo estaba peor de lo que yo había imaginado y necesitaba ayuda –tal vez médica– con la mayor urgencia. Incluso lo encontré excesivamente delgado y con un brillo de fiebre o de locura en los ojos. Cuando terminó, me miró fijamente y me preguntó:

–¿Qué dices ahora?

–Lo siento Mario, pero sigo pensando igual que antes: los fantasmas no existen. Todo eso que me acabas de contar lo has soñado y piensas que ha ocurrido de verdad, tú mismo lo has dicho: te despertaste en tu cama. Mario, estás pasando una racha muy mala...

Cometí el error de volver a ponerme paternal; eso sólo sirvió para enfurecerle.

–¡Vale, vale! ¡No sigas: lo de la psicóloga ya me lo has dicho antes!

–¡Y te lo repito las veces que haga falta! Tú estás alucinando, Mario, ¿no te das cuenta? ¡Estás confundiendo la realidad con el sueño, necesitas que alguien te vea! No estarás tomando nada raro, ¿verdad?

Me fulminó con la mirada.

–¡Pero qué dices! ¡Lo más raro que tomo yo es coca-cola! Estoy perfectamente. No tengo alucinaciones; anoche distinguía muy bien cuándo soñaba y cuándo estaba despierto.

–Eso no prueba nada, al contrario: la gente que sufre alucinaciones siempre cree que está viviendo escenas reales, si no, no serían alucinaciones.

–¡Vaya! –sonrió–. ¿Ahora eres psicólogo? Entonces ya no hace falta que vaya a ver a la del instituto. Me harás una rebajita, ¿eh?

–Hablo en serio, Mario. Sólo quiero ayudarte.

–Pues entonces ayúdame a averiguar qué es lo que pasa con Paula.

–Con Paula no pasa nada, Mario; no es Paula: eres tú. Tendrías que hablar con la psicóloga, o con un médico. Si quieres, yo te acompaño.

–Muy amable, gracias –me miró decepcionado y se puso de pie como dando la conversación por acabada.

–Te lo estás tomando justo al revés. Lo que hago es lo mejor que se puede hacer por ti. Eso de los fantasmas son disparates, tienes que sacártelo de la cabeza o acabarás mal. Tienes que olvidarte de Paula: ése es el problema, que te has obsesionado con ella.

–Ya. ¿Sabes lo que creo?

–¿Qué?

–Que, en el fondo, lo que pasa es que tienes miedo...

–¿Miedo? ¿De qué?

–De lo diferente, de que vaya a salir por ahí algo raro que tire por tierra todas tus seguridades. ¿Qué pasaría si me hicieras caso y vieses tú también a Paula, eh? Tendrías que hacerte demasiadas preguntas, es mejor mirar para otro lado...

–Eso es una tontería como la copa de un pino, Mario.

–¿Seguro? Bueno, si tú lo dices... En fin..., tendré que apañármelas solo. Adiós.

–Adiós. Y que conste que yo sólo quiero ayudarte.

Salió de la habitación sin siquiera responderme, estaba realmente furioso.

Se había hecho muy tarde y al poco rato empecé a sentir hambre. Mis padres no estaban en casa, de manera que me tocó ocuparme de la cena. En el frigorífico encontré una pizza de ésas congeladas y unas salchichas de pavo con suave gusto a jamón, así decía en la bolsa. Media hora después, estaba cenando y dándole vueltas en la cabeza al amigo Mario. Me fastidia fallarle a la gente, en especial a él, pero lo que esperaba de mí era bastante absurdo, hacerle caso no habría sido ningún

favor. Y la cosa podía ir más lejos aún, porque, si veía que empeoraba, a lo mejor no me quedaba más remedio que contárselo todo a su madre, o a su padre, a quien fuera, y eso no me hacía ninguna gracia, pues seguro que él, aunque yo lo hiciese por su bien, se lo tomaría como una traición y no me lo perdonaría. Para acabarlo de arreglar, la pizza estaba medio quemada y sabía a demonios fritos, y además las salchichas-de-pavo-con-suave-gusto-a-jamón eran sencillamente vomitivas. ¡Bella noche! Lo más aconsejable era ducharse y meterse en la cama.

Cuando salí de la ducha, había tanto vapor en el baño que parecía una sauna. Cogí un peine y encaré el espejo, que estaba cubierto de vaho. Yo había creído que el día podía darse por concluido, que ya no cabían en él más incidentes ni sorpresas, pero en el momento en que alcé la mano para desempañar el cristal, comprendí lo equivocado que estaba: justamente en el centro, como escritas con un dedo sobre el vaho, pude leer estas palabras:

No estorbes

Pequeños surcos de agua chorreaban desde algunas letras, lo que les daba un aspecto aún más inquietante.

No soy miedoso, pero confieso que, mientras miraba aquel mensaje sin poder creer que estuviera allí, un escalofrío me recorría la espalda y a través del espejo vigilaba con inquietud la puerta del baño, temiendo que se abriera y apareciese... ¡No sé, cualquier cosa que me pusiera los pelos de punta!

¿Quién había escrito aquello? Sólo se me ocurrían dos respuestas, a cual más imposible: Mario... o Paula.

Abrí la puerta; lo hice con decisión, como si al otro lado pudiera sorprender a alguien a quien despacharse de un puñetazo, pero sabía muy bien que no se trataba de eso; en realidad, actuaba así para infundirme ánimo. De todos modos, allí no había nadie.

–¡Mamá! –grité–. ¿Habéis vuelto ya?

Por supuesto, no hubo respuesta. La casa estaba silenciosa y oscura, la única iluminación era el haz de luz que salía del baño, que alumbraba en parte la escalera que sube hacia la buhardilla.

La buhardilla...

La escalera se abría ante mí como una amenaza.

De repente, se me ocurrió una idea. Me fui corriendo hacia el teléfono que hay en la habitación de mis padres y marqué a toda prisa el número de Mario. Durante su visita, no se había separado de mí ni un segundo, así que, si se las había arreglado –la verdad, no sabía cómo– para colarse en mi casa y escribir aquello mientras yo me duchaba, aún

no le habría dado tiempo a volver. Sí, ya sé que todo lo que acabo de decir es absurdo, pero es que era mucho más absurdo pensar que el mensaje era obra de Paula, ¿comprendéis?

Sonó la señal y alguien levantó el auricular.

–Dígame.

Era la voz de Mario.

–Ho-hola, Mario. Soy yo, Andrés –tartamudeé.

–Hola. ¿Qué pasa?

–¿Hablamos mañana de lo de Paula?

–¿Cómo? –Pareció sorprendido–. Bueno, vale. ¿Dónde?

–No sé. ¿A las once en el *roller*?

–De acuerdo. Hasta mañana.

–Adiós.

Colgué. Definitivamente, Mario no había sido.

Me vestí a toda prisa, temiendo que en cualquier momento sucediera algo espeluznante. Después me largué de casa sin atreverme a mirar hacia la escalera, no quería saber nada de buhardillas ni de susurros espectrales arrastrándose en la noche.

VI

El *roller* es un foso de hormigón donde los patinadores y los *skaters* montan sus números y de vez en cuando se parten una pierna o un brazo; la cabeza, nunca: las cabezas de esos tíos son irrompibles. Cuando se machacan alguna parte del cuerpo, lo que hacen es pasearse escayolados por las proximidades de la pista y dedicarse a contarlos; el caso es presumir, son unos exhibicionistas patológicos. Naturalmente, yo no pertenezco a esa clase de locos, pero, como todo el mundo, me dejo caer por allí algún que otro día, es un buen sitio para quedar y para intentar ligar con las memas que van a dar grititos cada vez que esos chachados hacen alguna de las suyas.

El *roller* está en un parque, por detrás de la iglesia y del instituto *José Luis San Pedro*. Como era de esperar, el sábado a las once de la mañana allí no había ni un alma, por lo que Mario y yo pudimos hablar tranquilos. En cuanto apareció, fui directo al grano y le conté lo que me había pasado con el espejo la noche anterior. Al principio puso cara de sorpresa, pero cuando terminé, ya tenía una sonrisilla de triunfo por debajo de la nariz.

–¿Y ahora qué dices, eh? –me preguntó.